

Que al contrario, las que son sugerencias del demonio, dejan soberbia, confusión, división del corazón, complacencia de sí, inquietud en orden á las cosas de Dios, oliendo siempre á la pez y á la inmundicia de su malvado autor. Esta era la misma doctrina que Cristo enseñó á Santa Catalina, y de ella lo aprendió, como de única maestra, nuestra virgen Rosa.



CAPÍTULO XVIII

Rosa oprimida con persecuciones, enfermedades y trabajos, se dispone gloriosamente á ejercitarse con fruto en la escuela de la paciencia.

LAS espinas nacen y crecen con las mismas rosas, sin que se encuentren jamás sin ellas. Lo mismo sucedió en nuestra virgen. Se hallaba todavía en la cuna y la que era rosa en el nombre y en la hermosura, se hallaba cercada ya de las espinas punzantes de los sufrimientos. Cuando solo tenía nueve meses de edad se le secaron á su madre los pechos, faltó la leche, y el corto caudal de sus padres era obstáculo para traer de fuera ama de cría. Aquí se descubren ya los primeros abrojos que pisó en este mundo la que había de caminar en adelante sobre ellos. Procuraba su madre suplir con puches líquidos la falta de la leche; pero era tan pequeñita la boca, que sin tormento suyo, ni podía entrar la cuchara, ni recibirlos la niña, y no por eso lloraba por la falta del sustento. De esta suerte y tan al principio de la vida co-

menzó á aprender en la escuela de la paciencia lo que es sufrir las penalidades y trabajos de este mundo.

Creció la edad y con ella fueron creciendo la aflicción y la pena; porque en comenzando á soltarse para andar y articular palabras; sobre si le habían de llamar Rosa ó Isabel, comenzaron las rencillas entre su madre y su abuela, y la inocente virgen se halló enredada en las persecuciones de entrambas. Si llamándola su madre ó alguno de los de su casa con el nombre de Rosa iba y se daba por entendida, su abuela encendida en cólera se vengaba con azotarla. Si al nombre de Isabel respondía, montando su madre en ira sacaba luego las disciplinas y sin merecerlo Rosa la castigaba; de modo que alternando las disensiones y discordias de las dos mujeres, la paciente niña no sabía qué hacerse; por todas partes la amenazaba el azote y pagaba por aquello en que no había pecado.

Era tan áspera y tan insufrible la condición de la madre, cuanto blanda y apacible la de la hija; parece que solo el ingenio de la paciencia podía haber juntado este par tan desigual y desemejante, para que tirase la carroza magestuosa de sus triunfos.

La modestia de la virgen, la templanza, devoción y retiro del siglo, el silencio y vigiliias eran graves delitos para la impaciente madre, y culpas tan reprehensibles, que en su aprecio no era bastante castigo reñirla, asustarla con gritos, con injurias é irrisiones; ni era suficiente para satisfacer su cólera el golpearla con la mano y con los puños, ni darla golpes con los pies. Valíase la airada madre de un palo grueso de membrillo, con el que castigaba y hería cruelmente á Rosa, doncella ya entonces de más crecida edad; sobre todo cuando supo que se había cortado á raiz las doradas madejas del cabello, á imitación de Santa Catalina de Sena. No era más apacible el caracter de los otros miembros de su familia. Después que llegaron á entender la singularidad de su vida, las visiones celestiales, el trato estrecho con Dios y aquella abstinencia rara,

evidentemente superior á las fuerzas humanas, de que fácilmente se colegía, que siendo tan delicada no podía sostenerse naturalmente con tan corto alimento, que era casi ninguno; comenzaron á concebir temor sus hermanos no la llevasen á la Inquisición, y parecían que cada día estaban en este riesgo y que la habían de prender como sospechosa de falsa hipocresía y por embustera y engañadora del mundo, y que fingía santidad sacrílegamente. Les parecía que era fácil de convencer este crimen ó de hallar indicios bastantes para echarla la mano como rea, con gran desdoro y deshónra de su familia. Con estas cavilaciones infundadas la daban cada día en rostro; con estas amenazas la apuraban y afligian; sin tener ella á quien volver los ojos, porque hallaba armados contra sí á los que debían estar más de su parte. No se recataba su madre de confundir públicamente á su afligida hija; diciendo delante de los de su casa y de los extraños que era una hipocritona, embaucadora, engañadora, fingida santona, agena y vacía de todo lo que es virtud verdadera y sólida. Añadíase á esto, para que fuese más colmado su desconsuelo, la poca inteligencia y caudal de algunos confesores incrédulos, que por mantener su primer parecer errado, se atrevían á persuadir á Rosa que su modo de vivir iba fuera de tino ó por lo menos que caminaba con poca seguridad, y que las visiones que contaba eran antojos suyos ó vahidos de cabeza, causados por la destemplanza de sus humores; y que las que le parecían ilustraciones del cielo, no eran sino ilusiones frívolas del demonio ó desvanecimiento del cerebro. Estas y otras muchas cosas semejantes á ellas pudieran desanimar á cualquiera que no fuera Rosa, á quien la paciencia servía de malla acerada para parar estos golpes; tanto más poderosa, cuanto por estos medios mejor conocía que estas persecuciones eran el camino áspero y difícil por donde guiaban las huellas de su Maestra Santa Catalina, sin parar hasta conducir á la unión de su deseado Esposo. Esta fué la razón por la

que preguntándola una señora ilustre en cierta ocasión por qué no rogaba á su Maestra Seráfica, que con su intercesión poderosa la librase de estos trabajos, respondiese con decisión que rayaba en heroísmo: «Si yo hiciera lo que me dices, ¿qué me respondería mi Seráfica Madre? ¿No me dijera: había yo de querer en mi discípula otro camino distinto de aquel que yo seguí tan gloriosamente? No quiera Dios que me agrade la flojedad y el regalo, pues sigo el rumbo del cielo.» Sabían muy bien las dos, entre quienes pasaba esta plática secreta, que Rosa estaba segura de alcanzar de Santa Catalina de Sena cuanto la pidiese, como después veremos muy á las claras. Más estimaba la generosa discípula las llagas dolorosas de su Maestra, que los delicados consuelos que la aconsejaban. Avergonzabase la esposa del Crucificado que la viesen libre de los tormentos de la cruz y exenta del sufrimiento.

Fijándose en la vida de Rosa, se nota que nunca faltó á su paciencia materia en que ejercitarse; pues cuando estaba vacía la cruz exterior, más acerba era la interior en que se hallaba crucificada; y cesando las persecuciones de fuera luego venían á ejércitos enfermedades del cuerpo que la afligían. En la villa de Cantá estuvo tres años en la cama padeciendo contracción de nervios con dolores inmensos, sin un solo gemido, á no ser aquellos que la arrancaba la consideración, de que era preciso hacer sufrir y padecer alguna incomodidad á los que la asistían. En esta y otras enfermedades solía decir la virgen: «Oh qué saludable, qué gustosa y qué feliz fuera mi suerte padecer mucho mayores enfermedades, con tal que no tuviesen molestia mis prójimos.» Muchas veces, efecto de la inflamación de los músculos interiores, sentía agudísimos dolores en las fauces y en la garganta; muchas veces más los pulmones y las arterias de la garganta luchaban contra el asma molesta que casi la ahogaba; también la atormentaban cruelmente la ciática y los dolores de costado, á que siempre fué muy propensa. Sentía igualmen-

te con mucha frecuencia dolores muy intensos de estómago, de corazón y agudas y molestas contracciones de nervios. Estas enfermedades, cada una de las que bastaran por sí para rendir las fuerzas de un gigante, solían acometer á Rosa de dos en dos, de tres en tres y de cuatro en cuatro, por la complicación de opuestos humores. Esto ponía en admiración á los médicos, que no sabían cómo y dónde en un cuerpecillo tan delicado, tan seco, tan exhausto y tan sin jugo podían hallar alimento é incentivo tan diversos ardores. Bien conocía la virgen, que no tanto nacía esto de la mala disposición y destemplanza de humores, cuanto de la mano benévola del Esposo, que era servido que lidiase con tantos achaques en la palestra de la paciencia.

Causaba admiración ver que una doncella delicada y tierna no obstante sentir tan crueles tormentos en las manos, en los pies, en la cabeza, en los nervios, en todas las partes del cuerpo, estuviera en la cama con un rostro tan risueño y tan alegre. Si le preguntaban cómo le iba entre tantas penas, respondía: «Que bien, ó que todo era muy poco respecto de la grandeza de sus pecados.» A otros que preguntaban si era muy grande la atrocidad de los dolores que le afligían, decía: «Que era suave y dulce viniendo por mano de tan dulce Esposo.» A otros respondía: «Que era necesario poner los ojos en las penas de los condenados, y que con esta meditación se embotaban los filos de los dolores desta vida, que son temporales.» Otras veces, volviéndose á su Esposo decía: «Señor, aumentad, aumentad los dolores, con tal que aumentéis la paciencia.» Hablando de sus enfermedades con cierta persona devota, con quien tenía familiaridad y llaneza, hizo figurar todo este ejército de achaques entre los más preciosos y más ilustres favores que había recibido de la mano de Dios, y dijo más: «Que si ella misma no los hubiera experimentado en sí, nunca pudiera persuadirse que un solo cuerpo miserable fuese capaz de tantos y tan multiplicados dolores; y que no juzgaba que hu-

biera tormento particular de miembro ó parte del cuerpo humano, que ella no hubiese padecido: pero que con todo eso siempre le había asistido socorro y valor del cielo para sufrirlos sin turbación; que jamás le había salteado movimiento de impaciencia para apartarse un punto de la resignada conformidad y ajustamiento con la voluntad divina, y que así tenía vergüenza de sí misma, porque hasta entonces no había correspondido como era justo á tantos beneficios del cielo, y que por esta razón debía ser tenida por una de las criaturas más ingratas de cuantas hay en el mundo, y principalmente después que había visto que Dios la trataba con aquel modo con que solo suele tratar á sus mayores amigos y que con todo eso ella no pagaba como debía á un Dios tan amable y tan amante.» A esto aludía, sin duda, cuando decía: «Que se aumentase el amor juntamente con los dolores.

Es propia de este lugar, y por eso la ponemos aquí, la célebre visión, que según el sentir de muchos teólogos de nota, debe figurar entre los mayores favores que la misericordia divina otorgó á nuestra virgen. La referiremos con las mismas palabras con que la contó Rosa al Doctor Castillo poco antes de su muerte. «Suspensa estaba yo, dijo la virgen, en la luz unitiva de contemplación quietísima, cuando ví un relámpago de admirable resplandor y hermosura. En el centro de este resplandor vistosísimo estaba un arco hermosísimo, graciosamente variado con reflejos y colores, y sobre este arco se veía otro de igual hermosura, y grandeza majestuosa: sobre la parte superior de este lucido arco estaba dándole adorno la cruz gloriosa de nuestro Salvador, retocada de púrpura, y humedecida con sangre, barrenados los lugares de los clavos, coronada con el título triunfal del crucificado. Lo interior del arco llenaba la humanidad de mi Señor Jesucristo, despidiendo rayos de tanta gloria, cuanta nunca me había sido descubierta. Agradó á su dulce bondad comunicarme fuerzas extraordinarias, maravillosamente vivas y efi-

caces, con que pudiese por mucho tiempo, muy á mi gusto, mirar de hito en hito á mi Rey magnificentísimo registrando toda su hermosura; porque entonces no le veía como otras veces de lado, ni sólo se manifestaba su cabeza y pecho, veíale derechamente cara á cara, todo entero desde la cabeza hasta los pies.» Interrumpió aquí el Doctor á la virgen, preguntándole de qué color eran los arcos? A que respondió, «que eran de muchos y peregrinos colores, que ni de mil leguas pueden compararse con ninguno de este mundo visible, sino que parece que la hermosura de aquellos arcos había recogido en sí la variedad y gracia de todos los colores posibles con infinita excelencia. Desde aquí pasó Rosa adelante. Saliendo de la humanidad de Jesucristo sentí que llegaban hasta el hondo de mi alma llamas inexplicables de gloria, de suerte que pude pensar que estaba ya libre totalmente de las prisiones de este mundo corruptible, y trasladada á los gozos bienaventurados de la fruición eterna.»

«Después de esto, aquel Señor que en la hermosura excede á cuanta está repartida entre los hijos de los hombres, puso delante de mis ojos un peso de dos balanzas y no sé qué pesas. Luego se acercaron numerosos escuadrones de ángeles con festivo ornato y resplandor ilustre, que hicieron reverencia é inclinación al Señor de la Majestad. Juntáronse también en copioso número las almas felices, que haciendo reverencia al Salvador con ceremonia de adoración, semejante á la de los ángeles, se pusieron todas aparte en lugar separado. Los ángeles, tomando las balanzas y las pesas, comenzaron á cargar aflicciones sobre aflicciones, amontonando unas sobre otras; como que quisiesen averiguar puntualmente la molestia de cada una; y cuando en esto estaban más empeñados, se entró de por medio Cristo, y tomando para sí este oficio, por ser superior al arbitrio y juicio de los ángeles, con sus propias manos levantó el peso y le puso en fiel, y de los montones que estaban puestos en las balanzas re-

partió aflicciones á las almas que estaban allí presentes, entre las cuales puso aparte para mí una porción muy grande de adversidad. Después poniendo de nuevo pesas en balanzas correspondientes, se acumulaban gracias sobre gracias, y queriendo los ángeles que llegaron levantar y hacer el peso, otra vez se entró por medio Cristo para hacer con más atención esta función, digna solamente de su brazo omnipotente; hizo el peso, y con gran cuenta dividió entre las almas que estaban allí presentes aquellos preciosos montones de gracia á proporción de las aflicciones que les había distribuido. No me dejó á mí sin parte, pues al peso de la adversidad que me había concedido, también me pesó y comunicó inestimable riqueza de gracias superabundantes. Noté que aquellas almas tenían tan llenos sus senos anchurosos y estaban tan colmadas con el tesoro de la gracia que les había cabido, que robosaban por la boca y por los ojos, sin bastar su capacidad con ser tan grande para contener tanta plenitud. Hecho esto, levantó el Salvador la voz, y con majestad incomparable dijo: «Conozcan todos que la gracia sigue á la tribulación; sepan que sin peso de aflicciones no se llega al colmo de la gracia; entiendan que conforme al incremento de los trabajos se aumenta juntamente la medida de los carismas. No quieran errar ni engañarse; esta es la única y verdadera escala del Paraíso, y fuera de la Cruz no hay otra por donde pueda subirse al cielo.» Oídas estas palabras, proseguía Rosa, me sobrevino un ímpetu poderoso que no puede explicar la voz, de ponerme en medio de la plaza para gritar públicamente con clamores, los mayores que yo pudiese, diciendo á todas las personas de cualquier edad, sexo, estado y condición que fuesen: «Oid pueblos, oid todo género de gentes. De parte de Cristo, y con palabras tomadas de su misma boca, os aviso que no se adquiere gracia sin preceder aflicciones: necesidad hay de trabajos acumulados sobre trabajos, para conseguir la participación íntima de la divina naturaleza, la glo-

ria de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma.»

«Este mismo estímulo me impulsaba impetuosamente á predicar la hermosura de la divina gracia; este me angustiaba, me hacía sudar y anhelar. Me parecía que no podía ya el alma detenerse en la cárcel del cuerpo, sino que dejándole había de romper la unión, y que sola y con más agilidad se había de ir por el mundo dando voces. ¡Oh si conociesen los mortales qué gran cosa es la gracia, qué hermosa, qué noble, qué preciosa, cuántas riquezas esconde en sí, cuántos tesoros, cuántos júbilos y delicias, emplearían sin duda toda su diligencia y desvelo en buscar aflicciones y penas, andarían todos por el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos, en vez de aventuras, sólo por conseguir el logro admirable de la gracia. Esta es la mercancía y el logro utilísimo de la paciencia. Nadie se quejaría de la cruz ni de los trabajos que le caen en suerte, si conociera las balanzas donde se pesan para repartirlas entre los hombres.»

Se detuvo el Doctor Castillo, deseando penetrar más por entero en el fondo de esta visión, y preguntó á la virgen en qué forma ó figura se le había descubierto la gracia. A lo que respondió Rosa con presteza increíble: «Que la gracia nada tiene común con figuras corporales, y mucho menos con colores sensibles ni con otra belleza criada. Que su naturaleza es del todo divina, aunque bien había alcanzado que es cosa distinta de Dios, si bien contiene admirablemente su imagen y participada en el alma la hace deiforme.» Preguntó finalmente el Doctor con qué género de locución había Cristo pronunciado las palabras referidas, si era intelectual ó vocalmente. Respondió la virgen: «Que ella no sabía cuál era el nombre que dan los bien entendidos en materias místicas á estas hablas y locuciones; pero que el modo de hablar de que Cristo usó fué este. Que de su boca procedía una aspiración de sabiduría clara y purísima, y que penetrando el fondo del alma, inte-

riormente la significaba cuanto quería que ella entendiese.

Esta ilustre visión preparó con tiempo á Rosa para los últimos dolores de su última perlesía, que le acabaron la vida en edad floreciente. Cuando tratemos después del feliz tránsito de Rosa, volveremos á hablar de este punto, porque no cabe en un solo capítulo toda la paciencia de esta virgen.



CAPÍTULO XIX

Rosa manifiesta con varias demostraciones el ardor amante que tiene al divino Esposo.

PARA que todo el mundo conociese el volcán de amor divino que ardía en el pecho de Rosa y la grandeza de este incendio, quiso Dios manifestarlo con señales públicas y visibles. Quiso que cuando estaba en la oración saltasen de su rostro centellas y brillasen resplandores de luz. No pudo escusar la virgen el dormir una noche con otra doncella dentro de un mismo aposento. La compañera, despertando al cantar el gallo, vió que entre la obscuridad y tinieblas centelleaban muchas luces en aquella pieza. Asustóse, y con el miedo, mirando á una parte y á otra acabó de conocer que aquella luz que iluminaba la habitación obscura y tenebrosa tenía su origen en el rostro de Rosa, que retirada á un rincón estaba suspensa en oración, la que había dejado secretamente la cama, que por disimular había ocupado al principio y se había puesto en el suelo á orar. Cuando ella creía que por lo oscuro estaba más oculta, venía á estar más en público, porque la descubrían las centellas encendidas que salían por la boca y por los ojos; siendo el